

PABLO SANZ BAYÓN

FE Y CAMBIO HISTÓRICO

Juan Pablo II y el colapso del comunismo



 **disenso**
FUNDACIÓN

El 2 de abril de este año se conmemoran dos décadas del fallecimiento de Juan Pablo II. Un pontífice cuyo impacto trascendió las fronteras de la Iglesia católica y marcó el curso de la historia mundial. Entre sus muchos logros, uno de los más destacados fue su papel decisivo en la caída del comunismo en Europa del Este, especialmente en su Polonia natal. Con una combinación de liderazgo y ejemplaridad espiritual, apoyo a los movimientos prodemocráticos y un claro mensaje de resistencia no violenta, su figura se erige como una de las más influyentes del siglo XX.

UN PAPA POLACO EN EL VATICANO: UN DESAFÍO PARA EL COMUNISMO

La elección de Karol Wojtyła como sucesor de San Pedro, en 1978, marcó un punto de inflexión en la historia mundial. Era la primera vez en más de cuatro siglos que un pontífice no provenía de Italia. Su origen polaco significaba un desafío directo a la hegemonía comunista en Europa oriental. Su llegada al ministerio petrino no podía pasar desapercibida para las autoridades soviéticas, que veían con recelo la elección de un papa proveniente de un país que, aunque comunista, conservaba profundas raíces católicas y un fuerte sentimiento de identidad nacional.

Como recoge el prefacio de la enciclopédica obra de Jonathan Kwitny, *El Hombre del Siglo* (1997): «Karol Wojtyła, como obispo de Cracovia, forjó la revolución de Solidaridad: en sus clases de filosofía, sus sínodos comunitarios, su ordenación secreta de sacerdotes, sus seminarios clandestinos de comunicación (...) Una y otra vez, como papa, rescató él solo la revolución que él mismo engendró».

Desde el inicio de su papado, Juan Pablo II dejó claro que la lucha por la dignidad humana y la libertad religiosa serían ejes fundamentales de su misión apostólica. En sus primeros discursos, rechazó cualquier sistema político que atentara contra ellas. Este mensaje encontró una fuerte resonancia en su país natal, Polonia, donde el régimen comunista, apoyado por la Unión Soviética, reprimía a la oposición política y limitaba las libertades religiosas y civiles.

El evento que marcó el comienzo de la participación activa de Juan Pablo II en la lucha contra el comunismo fue su viaje a Polonia en junio de 1979. En aquel momento, Polonia estaba gobernada por el Partido Obrero Unificado Polaco, bajo la influencia del régimen soviético. El regreso del Papa a su tierra natal, tras haber sido elegido en 1978, fue un acontecimiento de enorme importancia simbólica y política.

Durante nueve días, Juan Pablo II recorrió el país, convocando a multitudes sin precedentes. Millones de personas acudieron a sus misas y discursos, escuchando su mensaje de esperanza, libertad y dignidad. Sus palabras fueron interpretadas como una invitación a los polacos a desafiar la opresión y a encontrar en su fe el coraje para resistir. La visita provocó una oleada de conciencia y solidaridad en el país, dando aliento a aquellos que se oponían al régimen comunista. Havel calificó la peregrinación del Papa a Polonia en 1979 como «un milagro» y atribuyó la contribución de Juan Pablo II durante el viaje a algo más importante que cualquier otra acción de los líderes de Estados Unidos o la URSS.

EL APOYO A SOLIDARIDAD: EL INICIO DEL CAMBIO

El sindicato Solidaridad (*Solidarność*) surgió en 1980 como un movimiento obrero en los astilleros de Gdansk, dirigido por Lech Wałęsa. Inspirado por el mensaje de Juan Pablo II, el movimiento se convirtió rápidamente en un símbolo de resistencia, reclamando reformas políticas y sociales. Solidaridad fue el primer sindicato independiente en la esfera comunista y pronto ganó millones de seguidores, obligando al Gobierno polaco a reconocer su legitimidad.

Sin embargo, en 1981, el régimen comunista, bajo la presión de Moscú, impuso la ley marcial, encarcelando a Wałęsa y a otros líderes de Solidaridad. En ese momento de crisis, el papa intercedió a favor de su pueblo. La Iglesia católica polaca, respaldada por el Pontífice, ofreció refugio a los opositores y proporcionó un espacio de resistencia pacífica contra la dictadura comunista.

LA DIPLOMACIA DE LA SANTA SEDE Y EL TRIUNFO DE LA DEMOCRACIA

Además de su impacto directo en Polonia, Juan Pablo II jugó un papel crucial en el apoyo diplomático y moral a los movimientos prodemocráticos en toda Europa del Este. Como George Weigel magistralmente

describe en su libro *La revolución final: La Iglesia de la Resistencia y el colapso del comunismo* (1992), las réplicas de este terremoto espiritual, moral y político derribaron el cascarón restante de la Unión Soviética en 1991.

De hecho, el papa mantuvo una comunicación constante con Gorbachov, quien estaba implementando la *perestroika* y la *glásnost*. Medidas que, aunque concebidas para revitalizar la Unión Soviética, contribuyeron a su derrumbe. Gorbachov reconoció públicamente que sin Juan Pablo II, el colapso del comunismo no habría sucedido de la misma manera ni tan pronto.

Merece la pena recordar que, en su encuentro de 1989 en el Vaticano, apenas tres semanas del derrumbe del muro de Berlín, el líder soviético incluso solicitó el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede, un hecho que presagió la descomposición final de la URSS. «Pocos han dejado una huella tan brillante en mi memoria como Juan Pablo II», reconoció Gorbachov años más tarde.

En efecto, como según Weigel, «el representante del mayor experimento mundial de humanismo ateo -un experimento social cuyo objetivo era demostrar que el hombre puede organizarse sin Dios y que, de hecho, la creencia en Dios obstaculizaba la plena realización humana-, la URSS, acudió al Vaticano para visitar al principal representante mundial del humanismo cristiano».

UN LEGADO IMPERECEDERO

Veinte años después de su muerte, el legado de Juan Pablo II sigue vigente. Su papel en la caída del comunismo, su defensa de los derechos humanos y su mensaje de paz y dignidad continúan resonando. Fue un líder espiritual que transformó la historia, demostrando que el poder del espíritu y la fe pueden doblegar incluso los sistemas más represivos y tiránicos. Su contribución a la caída del comunismo soviético está bien documentada en la muy recomendable biografía del papa escrita en dos volúmenes por George Weigel: *Testigo de la Esperanza* y *El Fin y el Principio*.

El papa polaco hizo entender al mundo católico, con su testimonio personal, que el error del comunismo residía en su comprensión antropológica, que el ser humano no es una unidad de trabajo en una perpetua lucha de clases, sino una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios, con alma y destino eterno. Que el conflicto con el comunismo era, en última instancia, un conflicto en el ámbito espiritual porque es ateo y materialista.

Más allá de su contribución a la caída del comunismo, Juan Pablo II también dejó con su elocuencia y determinación una profunda huella en la promoción de la justicia social. Durante su pontificado, denunció las violaciones de los derechos humanos en todo el mundo. Su insistencia en la dignidad de toda persona inspiró el impulso a la transición democrática en muchos países.

En un mundo como el actual marcado por conflictos y desigualdades, y donde la tiranía se reviste o enmascara con diversos ropajes, a veces muy sutiles, el legado de Juan Pablo II sigue siendo una fuente de inspiración, no sólo para los católicos. Su llamada universal a no tener miedo, a defender la verdad y a luchar por la dignidad humana permanece como un recordatorio constante de la capacidad de la fe para sobreponerse al despotismo y a construir un futuro basado en la justicia y la libertad.

A dos décadas de su fallecimiento, su memoria sigue viva y su impacto en la historia será impercedero.